

1

LOS PRIMEROS VEINTITRÉS AÑOS (1954-1977)

Antonio Lago Carballo

La Editorial Taurus fue fundada en 1954 por Francisco Pérez González, Rafael Gutiérrez Girardot y Miguel Sánchez López, si bien la constitución formal como sociedad anónima se hizo en Madrid el día 23 de mayo de 1955, ante el notario Julio Albí, figurando como presidente de la sociedad un hermano político de Francisco Pérez González: José Antonio Carranza Alonso.

Aunque nacido en Buenos Aires (1926), Francisco Pérez González, *Pancho*, se ha considerado siempre santanderino. Efectivamente, a los seis años se trasladó con los suyos a Cantabria, en cuya capital su familia establecería una papelería, la Hispano-Argentina, negocio que más tarde y por iniciativa del propio Pancho se amplió a librería.

Rafael Gutiérrez Girardot era un universitario colombiano a quien en 1950 le había sido concedida por el Instituto de Cultura Hispánica una beca para ampliar estudios en Madrid. En su decisión de venir a España influyó notablemente Julián Ayesta, secretario y encargado de los asuntos culturales en la Embajada española en Bogotá desde 1949. Ayesta (que en 1952 publicaría un excelente libro de relatos, *Helena o el mar del verano*), con buen criterio y aguzada vista, animó asimismo a solicitar también sendas becas a otros dos jóvenes

bogotanos: Eduardo Cote Lemus y Hernando Valencia Goelkel, que años después serían señaladas figuras de las letras colombianas y que, al igual que Gutiérrez Girardot, vivieron en Madrid en el Colegio Mayor Guadalupe. Rafael aprovechó su vida madrileña asistiendo a los cursos del filósofo Xavier Zubiri y del sociólogo Gómez Arboleya. En los veranos fue alumno de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo de Santander. En la ciudad cántabra conoció a Pancho Pérez González y ambos iniciaron una relación amistosa que cuajaría en la iniciativa de fundar Taurus. Hacia 1954 Girardot se trasladó a Alemania para continuar sus estudios; y allí, en Bonn, continúa viviendo desde 1970.

Por su parte, Miguel Sánchez López nació en Moguer (Huelva) en enero de 1925 y estudió Derecho en la Universidad de Sevilla. Una vez concluida la licenciatura, se trasladó a Madrid con el propósito de preparar las oposiciones a Notarías, idea que abandonó al frecuentar los círculos literarios y editoriales. Hacia 1949 ingresó en la Editora Nacional, en la que permaneció hasta la fundación de Taurus, tras haber conocido a Francisco Pérez González en Santander con ocasión de una reunión de editores. Falleció en Madrid, tras una breve enfermedad, en 1957.

Desde muy joven, Pancho ha estado familiarizado con los libros y su comercio. Él mismo lo ha relatado:

«Yo estaba interno en el colegio de los Escolapios de Villacarriedo cuando tenía trece años; y, entre que yo me encontraba incómodo y que los que dirigían el colegio dijeron que no aportaba nada que tuviera entidad, mi madre me vino a recoger un día y me pusieron a trabajar en la papelería [...] A mí la papelería no me motivaba mucho. Como ya no estudiaba, pensé en vender libros allí. Después me di cuenta de que faltaban libros que se publicaban en América Latina y decidí importar algunas obras que no estaban muy bien vistas por el sistema. Por eso Javier Pradera dice que durante un

tiempo me dediqué a vender libros prohibidos. Primero lo hice en la librería y después para toda España»¹.

Esa experiencia animó a Pérez González a fundar la distribuidora Hispano Argentina, con sede primero en Barcelona y posteriormente en Madrid, en la plaza del Conde Valle de Suchil 9, en donde también funcionaría en un primer momento Taurus.

LOS PRIMEROS AÑOS

Conviene tener presente que el nacimiento de Taurus tuvo lugar en unos años en los que en España se vivía una cierta apertura en el orden de la cultura y del pensamiento. Desde mediados de julio de 1951 era ministro de Educación Nacional Joaquín Ruiz-Giménez, catedrático de Filosofía del Derecho procedente de las filas de Acción Católica y de la Asociación Católica de Propagandistas, quien previamente había sido director del Instituto de Cultura Hispánica y embajador ante la Santa Sede. Desde el primer momento Ruiz-Giménez mostró su decisión de contar con un equipo en el que estuvieran representadas diversas tendencias dentro del «franquismo», si bien lo que más caracterizó la política del nuevo ministro se debió a la colaboración de los que se ha dado en llamar «intelectuales falangistas»: Joaquín Pérez Villanueva, director general de Enseñanza Universitaria; Pedro Laín Entralgo, rector de la Universidad de Madrid; y Antonio Tovar, de la de Salamanca.

El talante liberal y dialogante de Ruiz-Giménez se manifestó en su propósito de renovar no sólo el campo de la educación —lo que hizo desde la primaria y secundaria hasta la su-

¹ Xavier Moret, *Tiempo de editores, Historia de la edición en España 1939-1975*, Barcelona, 2002, pp. 270-271.

perior—, sino también otros ámbitos culturales: así, la creación del Museo de Arte Contemporáneo, la celebración de las primeras Bienales Hispanoamericanas de Arte, de los Congresos de Poesía (Segovia, Salamanca) o del Festival de Música de Granada. Pero donde la actuación del ministro Ruiz-Giménez despertó mayores esperanzas fue en la institución universitaria, en la que distintas acciones —composición de los tribunales para las oposiciones a cátedras; incorporación de varios profesores sancionados: Duperier, Miaja de la Muela, Miralles Carlo; homenajes a grandes maestros: Menéndez Pidal, Unamuno, Gómez Moreno, Ortega; nombramiento como catedrático universitario de Eugenio D’Ors; consolidación de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo de Santander— contribuyeron a crear un clima de esperanza en cuantos aspiraban a una mayor libertad y estímulo en la vida intelectual, a la vez que suscitaron recelo y rechazo en quienes veían peligrar sus posiciones de privilegio y poder.

Y es que, paradójicamente, en la misma «crisis de gobierno» en la que fue nombrado Ruiz-Giménez se creó el Ministerio de Información y Turismo, al que le fueron atribuidas las competencias relativas a la censura de libros y prensa. Los criterios del primer titular de este Ministerio, Gabriel Arias Salgado, no eran precisamente los mismos que los de su colega en Educación, lo cual puso plomo en las alas de una deseable y necesaria apertura. Entre los colaboradores de Arias Salgado figuraba Florentino Pérez Embid, director general de Propaganda, pronto denominada de Información, organismo en cuya órbita estaba el Ateneo de Madrid, del que Pérez Embid pasó a ser presidente. Una de sus iniciativas fue fundar la revista *Ateneo*, en cuyas páginas colaboraron destacados portavoces de posiciones ideológicas y actitudes políticas enfrentadas con las defendidas por Ruiz-Giménez, Laín, Tovar, Ridruejo, etcétera. Precisamente este último en *Revista*, publicación independiente editada en Barcelona, calificó a unos y otros de

«comprensivos y excluyentes». También entonces fue nombrado presidente del Instituto Nacional del Libro Español Vicente Rodríguez Casado, muy afín a Pérez Embid en actitudes religiosas e ideológicas.

Con todo, es justo reconocer que el clima cultural e intelectual de España mejoró en los años primeros de la segunda mitad del siglo xx, debido a una cierta sensación de apertura y libertad. Como ha escrito el profesor Elías Díaz (*El País*, 6 de octubre de 1999): «A pesar de todo, a pesar de la dictadura, no todo era igual en la España de aquellos años: diferenciarlo sin fundir ni confundir las cosas y las personas, es —me parece— una obligación, moral y científica, de quien estudie y quiera comprender bien todo aquello».

Así, hubo hechos significativos cuyos frutos se percibirían más adelante, como sucede con algunas semillas que, durante un tiempo, viven enterradas y en estado latente para brotar en una posterior primavera. Y así en lo que a la poesía se refiere se habla de la generación del 50, integrada por grandes poetas como José Ángel Valente, Claudio Rodríguez, Francisco Brines, Ángel González, Jaime Gil de Biedma, José Manuel Caballero Bonald... Y con la novela *El Jarama* (1956) triunfaría Rafael Sánchez Ferlosio, autor que integraría la llamada «generación del medio siglo» junto con una brillante nómina de narradores como Aldecoa, Martín Gaité, Matute, Fraile o Fernández-Santos.

También por aquellos años del medio siglo aparecen en las artes plásticas movimientos tan significativos como el *Dau al Set* en Barcelona o *El Paso* en Madrid. La pintura y la escultura van a conocer años de excelencia, de la que tres grandes artistas, Antoni Tàpies, Eduardo Chillida y Antonio López, son valores indiscutibles. En lo que a música se refiere, la generación del 51 está formada por Cristóbal Halffter, Carmelo Bernaola, Luis de Pablo, Tomás Marco, Antón García Abril..., quienes, a la vez que mantienen vivo el espíritu de las pro-

mociones anteriores, aportan aires nuevos y renovadores en consonancia con la música más viva y actual.

Y en un campo que no siempre se tiene presente cuando de la historia del pensamiento se trata, el de la teología, es preciso recordar que por aquellos años se produjo la incorporación de avanzados jóvenes sacerdotes y seminaristas españoles a centros superiores de la Iglesia —Múnich, Roma, Viena, Innsbruck, Lovaina o París—, de los que saldrían doctores y concedores de los nuevos saberes que animarían años más tarde el II Concilio Vaticano. Valgan los nombres de Olegario González de Cardedal, Juan Luis Ruiz de la Peña, Miguel Benzo, Luis Maldonado, Ignacio Escribano, Juan Martín Velasco y, aunque sin alcanzar el doctorado, Jesús Aguirre, cuyo nombre aparecerá muchas veces páginas adelante. Se trata de teólogos cuya cultura religiosa es compatible y compartida con una paralela y rigurosa cultura profana, hecho no suficientemente reconocido y valorado por la intelectualidad laica.

En cuanto a las ciencias económicas hay que subrayar la aparición del brillante grupo encabezado por Enrique Fuentes Quintana y Juan Velarde Fuertes.

Con este telón de fondo inició Taurus su actividad editorial. Francisco Pérez González, de hecho director único en los primeros tiempos de la editorial, ha confesado:

«Entonces editaba los libros que a mí me gustaban. Uno de los filones de aquel momento fue algo que se llamaría “progresismo cristiano”. Me asesoraban Xavier Zubiri, José Luis Aranguren y otros. También tenía amistad en esa época con Antonio Tovar, Pedro Laín, etcétera. La cuestión es que me fui rodeando de gente que, sin estar en la violencia contra el sistema, eran muy críticos. Editaba libros de pensamiento, seguramente porque yo de literatura sabía muy poco»².

² Xavier Moret, *op. cit.*, p. 271.

En los primeros años de Taurus, aparecieron estas seis colecciones: «Ensayistas de hoy», «Cuadernos Taurus», «Ser y Tiempo», «Sillar», «Ciencia y Sociedad», y «El Club de la Sonrisa».

Los diez primeros libros publicados en «Ensayistas de hoy» son muy expresivos del espíritu que animaba e inspiraba a esta colección iniciada a comienzos de 1956. El rumano Mircea Eliade, historiador de las religiones hasta entonces poco conocido en España, inauguró la serie con *Imágenes y símbolos* —que en 1989 iría por su sexta reimposición—. El segundo libro fue *En tierra extraña*, cuya autora, Lili Álvarez, singular personalidad conocida años atrás como triunfante campeona europea de tenis, confirmaba una inquietud espiritual ya manifestada en su primer y breve ensayo, *Plenitud*, publicado en 1946 como estudio preliminar a las máximas sobre «El deporte» de Jean Giraudoux.

Sir George Thomson y su sugestivo ensayo de prospectiva *El futuro previsible*; un muy leído escritor católico, el florentino Giovanni Papini, con *La logia de los bustos*; y un joven dramaturgo español, Alfonso Sastre —quien tres años antes había estrenado en el teatro María Guerrero su obra *Escuadra hacia la muerte*—, con su libro *Drama y sociedad*, completaban la nómina de los cinco primeros títulos de la colección. Los cinco siguientes daban también testimonio del propósito de esta colección: *Edith Stein*, de Elisabeth de Miribel; *Dios y nosotros*, de Jean Daniélou; *Crítica y meditación*, de José Luis Aranguren; *Cartas de viaje*, del P. Teilhard de Chardin; y *Mi itinerario a Cristo*, del filósofo italiano M. F. Sciacca.

Los temas tratados en estos diez libros reflejaban bien a las claras lo que la colección «Ensayistas de hoy» —años más tarde se denominaría «Ensayistas»— iba a ser a lo largo de la historia de Taurus, pues su carácter sería respetado en lo esencial por los sucesivos directores de la editorial, lo que hace que

esta colección pueda ser calificada como —recurramos al tópico— auténtico «buque insignia» de Taurus.

La simple lectura de la relación de los títulos publicados en la colección «Ensayistas» causa admiración. Valga señalar algunos ejemplos: el número 14 fue el libro del jesuita Jean-Ives Calvez, *El pensamiento de Carlos Marx*, que muy pronto alcanzó varias ediciones requeridas por cuantos deseaban conocer, tanto en España como en Iberoamérica, una excelente exposición de las ideas del autor de *El Capital*. Otro éxito renovado lo constituyeron las obras —sobre las que el filósofo Zubiri llamó la atención a los directores de Taurus— del sabio P. Pierre Teilhard de Chardin, cuyos libros, en su casi totalidad, fueron bien traducidos por Florentino Trapero y Francisco Pérez Gutiérrez, y presentados por el paleontólogo catalán Miguel Crusafont Peiró, miembro del Comité Científico Teilhard de Chardin. El interés suscitado por este gran teólogo y paleontólogo motivó a los editores de Taurus a publicar libros como *El pensamiento político y económico de Teilhard de Chardin*, de Pierre Louis Mathieu, y *El pensamiento religioso de Teilhard de Chardin*, del teólogo Henri de Lubac. Y en lo que a la filosofía se refiere cabe recordar que en «Ensayistas de hoy» se publicaron obras de L. Wittgenstein, B. Russell, M. Weber, E. Morin, W. Benjamin, E. Bloch, T. W. Adorno, J. Habermas y V. Kraft, por citar sólo algunos nombres significativos.

Los «Cuadernos Taurus», otra colección definatoria de la editorial, iniciaron su andadura poco tiempo después de la anterior y con una vocación análoga. Se trataba de unos libros de bolsillo, en su mayoría con unas sesenta o setenta páginas de letra legible, con ensayos acerca de cuestiones actuales —literatura, filosofía, teología, ciencias, arte— debidos a autores tanto españoles como extranjeros de sólido prestigio en el panorama del pensamiento y de las letras. Baste citar entre los foráneos a K. Jaspers, E. Bréhier, E. Schrödinger, E. Mounier, C. von Weizsäcker, M. Heidegger, C. Tresmontant

—por citar sólo a los que publicaron en la primera veintena de títulos aparecidos—, coincidiendo con los hispanos J. Ortega y Gasset, P. Laín Entralgo, J. Marías, J. A. Maravall, J. L. Aranguren, R. Gullón, F. Sopena, F. Cordón, J. M. Castellet, R. Gutiérrez Girardot, I. Fernández de Castro, etcétera.

«Sillar» fue una colección que se inició casi al mismo tiempo que los Cuadernos, si bien tuvo una más corta vida. El propósito editorial era que cada libro de «Sillar» reuniese un grupo de textos con relación histórica y temática, para facilitar el estudio o el conocimiento de la literatura y el pensamiento españoles. Esta colección constaba de dos series. La primera de ellas se inició con estos tres libros: «*Edad Media española (Cantar de Mio Cid, Gonzalo de Berceo, Arcipreste de Hita, Romanesco)*, selección y estudio de Felipe C. R. Maldonado»; «*La novela picaresca (La Celestina, Lazarillo de Tormes, Guzmán de Alfarache, Rinconete y Cortadillo, El Buscón)*, selección y estudio de Joaquín del Val»; y «*Miguel de Cervantes, Don Quijote de la Mancha*, edición completa, precedida de textos críticos o valorativos de A. Machado, Ortega y Gasset, Unamuno, Azorín, Maeztu, Menéndez Pidal, Menéndez Pelayo, Américo Castro, etcétera».

En la segunda serie los tres primeros títulos fueron: *Poesía española contemporánea*, edición de Gerardo Diego; *Lecturas históricas españolas*, por Claudio Sánchez Albornoz y Aurelio Viñas; y *Pensamiento español contemporáneo*, antología e introducción de María de los Ángeles Soler. Este libro, publicado en 1961, presentaba en sus quinientas cuarenta páginas en cuarto mayor una acertada selección de ensayos firmados por primeras figuras de las letras españolas, desde Joaquín Costa, Menéndez Pelayo, Ganivet, Unamuno y Menéndez Pidal hasta Zubiri, Laín Entralgo, Aranguren y Marías pasando por Ortega, D'Ors, Marañón y García Morente. A ellos se sumaban los escritos de tres españoles exiliados: Américo Castro, Juan David García Bacca y José Ferrater Mora, más los de Alfonso Reyes, gran humanista mexicano.

Precisamente el recién citado Américo Castro sería el autor del primer libro publicado en la colección «Ser y tiempo»: el titulado *Origen, ser y existir de los españoles* (1959). En sus páginas reunió el insigne filólogo e historiador varios trabajos que venían a prolongar su gran obra *La realidad histórica de España*, editada en México por Porrúa Hermanos en 1956, libro que, a su vez, era una revisión y puesta al día del que con otro título, *España en su historia*, había publicado Losada en 1948 en Buenos Aires. Cabe añadir que Américo Castro fue uno de los autores más cuidados por Taurus, que, además de varios de sus libros, publicó en 1971 y por iniciativa de Pedro Laín Entralgo *Estudios sobre la obra de Américo Castro*, con aportaciones de Bataillon, Gilman, Laín, Lapesa, Aranguren, Tovar, Jiménez Lozano, López Estrada, Amorós y otros relevantes críticos e historiadores, amén de una bien seleccionada bibliografía firmada por Jorge Campos.

Se iniciaba, pues, con la obra de Castro una serie de libros de bolsillo, en la misma línea y con espíritu similar al de las otras colecciones de Taurus. En el mismo año 1959 aparecieron casi una veintena de libros, entre cuyos autores encontramos a Pedro Laín, José Bergamín, Lili Álvarez, Francisco Ayala, Manuel Villegas y Antonio Espina; o a extranjeros tan notables como Bertrand Russell, E. W. F. Tomlin, el músico Arnold Schönberg o Lucien Duplessy.

Quizá el paralelismo de temas y autores existente entre «Cuadernos de Taurus» y «Ser y Tiempo», aconsejó a los editores suprimir la última colección, cuyo formato se mantuvo más tarde en la titulada «Temas de España».

La quinta colección era expresivo testimonio de la voluntad de la dirección de Taurus de ofrecer al público lector un amplio abanico de temas. Así, la colección «Ciencia y Sociedad» vino a atender a un amplio sector de profesionales y de interesados en las novedades de un sector de la ciencia y de la técnica en reciente y creciente auge. Las cuestiones tratadas

en los primeros cinco libros de la colección reflejan con claridad los objetivos que se pretendía alcanzar. La inauguró en 1957 el libro del científico británico H. Butterfield *Los orígenes de la ciencia moderna*. A éste le siguió *El pensamiento científico moderno*, del físico francés Jean Ullmo, profesor de la Escuela Politécnica de París, quien en 1955 había publicado *La crise de la physique quantique*. El tercer título de la colección fue *Automatización y progreso social*, del inglés Samuel Lilley, obra publicada a mediados de 1959 que había visto la luz en Londres a finales de 1956. También el cuarto libro de la colección fue un texto traducido muy pronto al español: *El progreso técnico y la organización del trabajo*, obra publicada en París en 1958 y en Madrid dos años después (su autor, Pierre Barbier, era encomiado en el prólogo por un gran especialista, Jean Fouratié). De otro autor francés, el sociólogo Alfred Sauvy, máxima autoridad en la ciencia demográfica europea, era el quinto título de la colección: *La naturaleza social*. El simple enunciado de algunos de los capítulos —«Factores del descontento social», «La sociedad en movimiento», «Entre automatismo y burocracia», «El mito de la liberación», «La propaganda» o «La información»— da a entender que en este libro Sauvy reflexionaba a propósito de algunas de las cuestiones debatidas en nuestro tiempo.

La sexta colección, iniciada en los primeros años de Taurus, reflejaba, desde su mismo título, «El Club de la Sonrisa», un propósito y finalidad muy distintos al resto de la labor editorial hasta ahora reseñada. En esa colección colaboraron las más relevantes firmas de la revista de humor *La Codorniz*, cuyo estilo y espíritu estaban plenamente reflejados en los libros de bolsillo de El Club firmados por Tono, Miguel Mihura, Edgar Neville, Evaristo Acevedo, Rafael Azcona —su libro *Vida del repelente niño Vicente* fue el primero de la colección—, Noël Clarasó, Mercedes Ballesteros, Jorge Llopis, Chumy Chúmez, Enrique Herreros, más algunos «clásicos» como Wen-

ceslao Fernández Flórez, Julio Camba y Ramón Gómez de la Serna. Todos ellos —a los que habría que sumar varios escritores extranjeros— fueron autores de los cuarenta y seis primeros títulos, reseñados en las páginas finales del *Almanaque 1958* de «El Club de la Sonrisa», cuya portada era de Antonio Mingote. Además de esos libros se anunciaban como «extraordinarios» otros seis: *Historia de la gente*, de Mingote; *La vuelta al mundo de la risa*, de Pierre Daninos; *Pan, amor y mantequilla*, de Jean Dutourd; *Las mil peores poesías de la lengua castellana*, de Jorge Llopis; *Antología del humor español* y *Mis memorias*, de Miguel Mihura.

NUEVAS COLECCIONES

Por supuesto, todo este despliegue editorial necesitaba un respaldo económico que no podían proporcionar con sus solos recursos los fundadores —a los que se habían sumado las hermanas Pérez González—. Queda fuera del propósito de estas páginas la crónica de la financiación de la Editorial Taurus; no obstante, parece obligado señalar la incorporación como accionistas, en momentos diversos, del abogado Antonio Garrigues Díaz-Cañabate y algunos de sus amigos, y de un grupo familiar: los Fierro, banqueros y hombres de negocios. En 1958, Garrigues pasó a ocupar la presidencia del Consejo de Administración. En 1961, sería vicepresidente Arturo Fierro Viña.

Una de las consecuencias de la presencia societaria de los Fierro fue el traslado del domicilio de Taurus desde la calle Claudio Coello 67 a un palacete sito en la plaza del Marqués de Salamanca 7. Otra decisión que se tomó en diciembre de 1960 fue la de designar a Francisco García Pavón como director-gerente de Taurus, dado que Pancho Pérez González estaba cada vez más absorbido por el negocio de distribución y

exportación a Iberoamérica de los libros editados tanto por Taurus como por Santillana —editorial ésta fundada por Jesús de Polanco, cuya formidable capacidad como creador de sociedades vinculadas al vario y complejo mundo de la comunicación le irían configurando como uno de los grandes empresarios españoles de la segunda mitad del siglo xx—.

Cuando llegó a Taurus, García Pavón, manchego de Tomelloso (1919), era ya catedrático de Literatura de la Escuela Superior de Arte Dramático y autor de la novela *Cerca de Oviedo*, así como de varios libros de cuentos, entre ellos *Las campanas de Tirteafuera* (1955) y *Cuentos republicanos* (1961). El nuevo director mantuvo las colecciones existentes e inició otras: «Temas de España» y «El mirlo blanco».

«Temas de España», que sucedería, como queda dicho, a la colección «Ser y Tiempo», iba tener un carácter preferentemente literario: antologías de prosa y de verso, autores clásicos y contemporáneos, cancioneros y poesía popular, refraneros, etcétera. Sus doce primeros títulos dan una clara idea de sus pretensiones: *Platero y yo*, de Juan Ramón Jiménez; *Poesía española*; *El alcalde de Zalamea* y *La vida es sueño*, de Calderón de la Barca, con introducción de Jorge Campos; *El burlador de Sevilla* y *Don Juan Tenorio*, con prólogo de García Pavón; *Poesía hispanoamericana*; *Fuenteovejuna* y *Peribáñez y el comendador de Ocaña*, con estudio preliminar de García Pavón; *El niño en la poesía castellana*, antología a cargo de J. Martínez Ortiz; *Siete poetas españoles* (A. Machado, Alberti, Salinas, Guillén, Aleixandre, Juan Ramón Jiménez, García Lorca); *España, fibra a fibra*, de Eugenio Noel (recopilación y estudio por José G^a Mercadal); *El Greco* (antología por M. Villegas); *Cuatro poetas de hoy* (antología de José Luis Hidalgo, José Hierro, Gabriel Celaya y Blas de Otero); y *Refranero clásico español* (selección, introducción, notas y vocabulario por Felipe C. R. Maldonado). Resulta oportuno subrayar que estos libros, y la gran mayoría de los publicados en la misma colección, sirvieron de utilísimo mate-

rial bibliográfico y pedagógico para profesores y estudiantes de Bachillerato, por lo cual muchos de ellos alcanzaron varias ediciones. También es justo recordar que «Tiempo de España» tuvo una larga vida, con casi doscientos títulos, y que, desde su creación por García Pavón, fue mantenida por sus sucesores: Jesús Aguirre y José María Guelbenzu. Todavía en 1991 apareció la obra teatral de Alfonso Sastre, *La taberna fantástica*; en 1992, el *Cancionero infantil*, de Bonifacio Gil; y en 1993, dos antologías poéticas: una del grupo del 27, y la segunda edición de *El grupo poético de los años 50*, preparada por Juan García Hortelano.

Por su parte, «El mirlo blanco», colección dirigida por el crítico José Monleón, estuvo dedicada a publicar obras teatrales. De tamaño libro de bolsillo y con pastas de cartulina color siena, en cada volumen se incluían los textos íntegros de dos o tres obras significativas del teatro contemporáneo, o que aún mantenían su vigencia, precedidas por textos de diversos críticos y directores teatrales que enjuiciaban las teorías del autor de las obras, de quien asimismo se publicaban escritos relativos a sus creaciones.

El número diez de la colección, publicado en 1968, agrupaba tres dramas de Antonio Buero Vallejo: *Hoy es fiesta*, *Las Meninas* y *El tragaluz*, estrenados, respectivamente, en septiembre de 1956, diciembre de 1960, y octubre de 1967. La colección se había iniciado con tres obras de Carlos Muñiz: *El tintero*, *Un solo de saxofón* y *Las viejas difíciles*. Otros tres jóvenes dramaturgos —Alfonso Sastre, Fernando Arrabal y José María Rodríguez Méndez— figurarían en la nómina de los diez primeros tomos, con obras tan significativas como *Cargamento de sueños* o *Asalto nocturno*, del primero; *El cementerio de automóviles* o *Los dos verdugos*, del segundo; y *La tabernera y las tinajas* o *Los inocentes de la Moncloa*, del tercero. Un autor tan consagrado y aplaudido como Miguel Mihura figuraba en el cuarto lugar de la lista, con tres comedias: *Tres sombreros de copa*,

La bella Dorotea y Ninette y un señor de Murcia, que habían sido otros tantos éxitos de público. El amplio panorama de esos diez primeros tomos de la colección se completaba con un título: *Teatro inglés. De Osborne hasta hoy*, presentado por F. Lorda Alaiz; tres obras del gran sainetero Carlos Arniches: *La señorita de Trevélez*, *La heroica villa* y *Los milagros del jornal*; y con textos del chileno Jorge Díaz y de Osvaldo Dragún.

Todas estas obras alcanzarían varias reediciones, incluso cuando, años después, la colección teatral pasó a llamarse «Primer acto». Pero aún bajo el sello de «El mirlo blanco» se incorporaron nuevos autores como Lauro Olmo con *La camisa*, *El cuerpo* y *El cuarto poder*; o Antonio Gala con *El caracol en el espejo* y *El sol en el hormiguero*.

«Persiles» fue otra de las colecciones de Taurus que tuvo desde su nacimiento —año 1962— la lograda pretensión de alcanzar calidad y prestigio en el campo de la historia y la crítica literarias. El catálogo de los títulos publicados durante cuarenta años constituye un alto ejemplo, por sus textos de teoría, historia y sociología, de la literatura española y universal.

En la historia de esta colección pueden establecerse dos épocas: en la primera, los libros publicados se centraban en un escritor o en una obra global o específica, con estudio y análisis realizados por un solo autor. Valgan cuatro títulos como ejemplo: *Ramón (Obra y vida)*, de Gaspar Gómez de la Serna; *Los Baroja*, de Julio Caro Baroja; *Pícaros y picaresca. La pícaro Justina*, de Marcel Bataillon; y *La Revista de Occidente y la formación de minorías (1923-1936)*, de Evelyne López Campillo.

En la segunda época, dentro de la colección «Persiles» apareció una serie denominada «El escritor y la crítica», en la que, bajo la dirección de Ricardo Gullón, se presentaba en volúmenes monográficos un completo panorama de los estudios más importantes dedicados a un género, un periodo o un movimiento literario. Se pretendía, con ello, aportar a estudiantes, investigadores y críticos diversos trabajos aparecidos en

distintos idiomas y lugares y en revistas y publicaciones, trabajos de difícil acceso en más de una ocasión. La tarea del editor, especialista en el tema tratado, aspiraba a sistematizar y dar unidad a la obra de un autor, situándolo en un amplio contexto que llegaba más allá de lo estrictamente literario.

Sirvan como ejemplo de ello el tomo dedicado a *La Regenta*, en edición de Frank Durand y con la colaboración de veinticinco historiadores y críticos literarios; el consagrado a Benito Pérez Galdós, bajo la dirección de Douglas M. Roberts; o el centrado en la figura y obra del chileno Pablo Neruda, en edición de Emir Rodríguez Monegal y Enrico Mario Santi, con casi una veintena de colaboradores agrupados en dos sectores: Encuentros y desencuentros y Varia lectura (a todo ello se sumaba una bibliografía selecta y una cronología sumaria que cerraban el volumen). A estos tres ejemplos cabría añadir una extensa selección de más de ciento cincuenta títulos, que hacen de «Persiles» y de «El escritor y la crítica» un formidable fondo bibliográfico de extraordinario valor para el estudio de las letras hispánicas.

JESÚS AGUIRRE, DIRECTOR DE TAURUS

En la historia de las editoriales españolas en la segunda mitad del siglo XX, el nombre de Jesús Aguirre ocupa un primer plano, y ello tanto por su personalidad intelectual y humana como por lo que significó su labor durante una década (1967-1977) en Taurus. Inicialmente, Aguirre se incorporó a la editorial como director de publicaciones religiosas, y como tal figuró en los libros de Teilhard de Chardin editados bajo la dirección de Miguel Crusafont Pairó, como queda dicho páginas atrás.

Aguirre, que había sido alumno distinguido del colegio Lasalle de Santander —en julio de 1951 fue premio extraordi-

nario en el examen de Estado—, comenzó sus estudios eclesiásticos en el seminario de Comillas, estudios que continuó en Múnich, donde fue alumno de los teólogos Schmauss, Pascher y Söhnger. En 1961 fue ordenado sacerdote en Santander. Poco después pasó a Madrid, donde se incorporó al pequeño grupo de sacerdotes que colaboraban con Federico Sopena en la capilla universitaria que, bajo la advocación de santo Tomás de Aquino, tenía como sede la planta baja del Museo de América en la Ciudad Universitaria. Una selección de sus homilías fue publicada en 1971 en las ediciones de «Cuadernos para el diálogo», bajo el título de *Sermones en España*.

Al venir Aguirre a Madrid, aquí reanudó con Pancho Pérez González la buena relación de amistad iniciada en sus años santanderinos. En Taurus, además de su participación en las ediciones de Teilhard de Chardin y antes de suceder a García Pavón como director de la editorial, se hizo cargo de «Cuadernos Taurus» —como P. Jesús Aguirre— e influyó en la inclusión de autores extranjeros en la colección «Ensayistas», sobre todo alemanes representativos de la Escuela de Francfort. En 1970 —ya como director de Taurus—, asistió a la Feria del Libro de esta ciudad, donde coincidió con Rafael Gutiérrez Girardot —entonces ya titular de la cátedra de Literaturas hispánicas en la Universidad de Bonn y, desde el primer momento de Taurus, atento observador e informador de las novedades que en el campo del pensamiento y de la crítica se producían tanto en Alemania como en otros países europeos—. La correspondencia cruzada entre Girardot y Pérez González da claro testimonio de la poca simpatía y escaso entendimiento existentes entre el colombiano y el entonces clérigo, como pone de manifiesto aquél en una carta a Pancho de octubre de 1970: «Con Jesús Aguirre me parece difícil llegar a una colaboración. Tengo la impresión de que no sólo tiene programas muy específicos, sino sobre todo

que, igual que J. S., lo sabe todo, lo adivina todo y ya seguramente sabe cuáles son los títulos sensacionales aparecidos después de la Feria, ayer o antes de ayer (*Teoría estética*, libro póstumo de Adorno, por ejemplo)».

La larga etapa de la dirección de Jesús Aguirre se caracterizó por la plena dedicación de éste a su tarea, por su decisivo empeño de incorporar a grandes figuras del pensamiento occidental y por su firme voluntad de descubrir y de ganar para Taurus a una nueva y brillante promoción de intelectuales y literatos españoles: Lledó, Savater, Gómez Pin, Benet y García Hortelano, por sólo citar algunos nombres. El palacete de la plaza del Marqués de Salamanca, «en cuyos jardines cada año se abría la temporada cultural con un cóctel al que acudía el “todo Madrid”»³, cobró con Jesús Aguirre nueva y más brillante vida como escenario de reuniones intelectuales y acontecimientos sociales. Igual sucedió cuando años más tarde se trasladaron las instalaciones de Taurus a un amplio piso de la calle Velázquez 76.

Ricardo Gullón, en su prólogo al libro de Aguirre, *Las horas situadas* (Turner, Madrid, 1989), relató, con ironía y fina agudeza, una de las «altas oportunidades» vividas por Taurus y su director:

«Un político joven, todavía con motas de clandestinidad, accedió a presentar el libro de Fermín Solana sobre Besteiro y el socialismo. La preparación del acto había sido meticulosa, y el ambiente, favorecido por la naturaleza: aquella última luz de la Sierra filtrada por nubes ligeras que corrían de Este a Oeste, como impulsando la ceremonia cercana. Jesús se acercaba al mirador, escrutaba la caída de la tarde y traslucía su impaciencia en la sucesión del cigarrillo. Una hora más y el éxito se resolvería en canapés y cócteles. Llenaban los invitados las habitaciones cuando llegó el esperado, Felipe González,

³ Sergio Vila-Sanjuán, *Pasando página*, Barcelona, 2003.

nervioso acaso, confortado por la seguridad de su huésped. El futuro presidente se convirtió en el representante y la representación y las expectativas se cumplieron».

En sus años de dirección de Taurus, Jesús Aguirre continuó las colecciones que ya venían publicándose, alguna de ellas por iniciativa suya en su etapa inicial como responsable de las «publicaciones religiosas». Así, por ejemplo, la serie de «El futuro de la verdad», por él dirigida e iniciada en 1962, y cuyos diez primeros títulos fueron libros de Karl Rahner, Joseph Ratzinger, Claude Tresmontant, Robert Aron, el cardenal Newman, Dominique Dubarle, Auguste Valensin, Jean Guitton y René Laurentin, más el tomo *Comentarios civiles a la Encíclica Pacem in terris*, con la colaboración de un grupo de juristas.

También fue iniciativa de Jesús Aguirre la «Biblioteca Política», en buena parte dirigida e inspirada por Enrique Tierno Galván, en la que aparecieron libros tanto de autores españoles —Gil Robles, Fernando de los Ríos, Ignacio Sotelo, Martínez Cuadrado, Gonzalo Anes, A. López Pina, Jutglar Bernaus, Maravall Herrero, Cebrián, Bernal...—, como extranjeros —lord Hailsham, Hans Kelsen, Michel Tatu, A. J. Brown, Ross Mackenzie...—. El volumen 30 de la Biblioteca Política, publicado en 1976, tuvo por título *Dionisio Ridruejo, de la Falange a la oposición*. Prologado por Aguirre, en él colaboraron amigos del poeta y político tales como Laín, Tovar, Rosales, Serrano Suñer, Torrente Ballester, María Rubio y Fermín Solana, Benet, Garagorri... Fuera de colección, apareció algún libro como el titulado *Diario íntimo* de César González Ruano, en 1970, o como el de Marino Gómez Santos: *Vida de Gregorio Marañón* (1971).

Mas, sin duda alguna, en lo que Jesús Aguirre puso más empeño fue en dar mayor calidad y altura a los autores y temas que nutrían las colecciones de «Ensayistas» y «Cuadernos», como ponen de relieve, en sus colaboraciones en estas mismas páginas, Francisco Pérez Gutiérrez, Javier Huerta Calvo, Ole-

gario González de Cardedal, Antonio Morales Moya y José Luis García del Busto.

Jesús Aguirre fue director de Taurus hasta el otoño de 1977, cuando el ministro de Cultura, Pío Cabanillas Gallas, le nombró director general de Música. «Le puse [al ministro], para aceptar, una condición: que negociase con Jesús de Polanco mi sucesión, en Taurus, a favor de José María Guelbenzu», escribió Aguirre en su libro *Memorias del cumplimiento. 4. Crónica de una Dirección General* (Madrid, 1988). Tras su etapa en el Ministerio de Cultura —durante la cual, y tras conseguir la reducción al estado laical, contrajo matrimonio, el 16 de enero de 1978, con la duquesa de Alba— ya no volvió a Taurus, si bien en esta editorial publicó en 1987 su libro *Altas oportunidades*, prologado por Jorge Semprún, en cuyas páginas recogió los discursos que había pronunciado con ocasión de su ingreso en las Reales Academias de Bellas Artes (1984), Sevillana de Buenas Letras (1985) y Española (1986).

La historia de Taurus desde 1977 hasta nuestros días bien merece otro capítulo. Mas antes de cerrar éste, es justo y necesario recordar los nombres de quienes contribuyeron a configurar la identidad de Taurus con sus consejos, iniciativas, traducciones, etcétera, en los años hasta ahora reseñados.

Sin ánimo de agotar la nómina, valga la mención de Jorge Campos, Florentino Pérez, Florentino Trapero, Ricardo Gullón, Francisco Pérez Gutiérrez y José María Jové. Jorge Renales Fernández usó el seudónimo de Jorge Campos desde que en 1940 publicó su primer libro de cuentos, *Seis mentiras en novela*. En 1955 obtuvo el Premio Nacional de Literatura por su libro *Tiempo Pasado*. Hombre reservado y discreto, alternó su labor creadora como autor de novelas cortas y cuentos con su colaboración en Taurus, en donde publicó antologías y ediciones de autores románticos y modernos. Florentino Pérez, que había sido monje benedictino en Silos, colaboró en la preparación de libros de tema religioso y se relacionó con los co-

laboradores de distintas colecciones. Ricardo Gullón, en sus años santanderinos (en Santander ejerció su carrera jurídica, como magistrado, que abandonaría para dedicarse a la literatura como crítico, historiador y profesor en universidades norteamericanas), conoció a Pancho Pérez González, quien desde Taurus le solicitaría sus consejos y colaboración como director de la serie «El escritor y la crítica». Francisco Pérez Gutiérrez y Florentino Traperero, hombres de amplia cultura, fueron fieles traductores de numerosos libros e integraron con los citados una especie de eficaz y discreto consejo asesor de la dirección de Taurus. El asturiano José María Jové entró en Taurus como consejero delegado en 1961, cargo que desempeñó hasta 1968. Jové, hombre de confianza de Fierro en el Banco Ibérico, compartía su profesión de bancario con su vocación de novelista. Hombre de elegante discreción, en Taurus aconsejó con buen criterio literario y no pretendió publicar libro alguno de su cosecha.